

UNA ESTACION QUE ES NUESTRA

Juana Castro

(Revista de Feria de Villanueva de Córdoba, agosto 2007)

Podría yo tener cinco años cuando mi tía Conce emigró a Madrid. Viuda de guerra, cuando comprendió que el estanco no daba para pagarles un futuro a sus dos hijos, arregló su hatillo y sus maletas, y se plantó en el tren. Había que tener dos tacones bien puestos para recorrer, primero, el paseo de la estación cargada de bultos; llegar a Puertollano cuatro horas después, bajar las maletas y el hato, agarrar a los niños, comerse la tortilla en la espera, y subirse luego a otro tren de vía ancha, que la llevaría a la estación del Mediodía ya casi anochecido.

Ocho años tenía yo cuando viajé por primera vez a Madrid, con mi tía Conce. La carbonilla, la conversación con nuestros compañeros de departamento, y el tren lento, traqueteante, que daba para toda la ilusión de todos los viajes del mundo, al final Madrid con sus luces. Pero antes había que pasar por el Minguillo y por Conquista, y luego bajamos en Puertollano.

Con nueve años íbamos al cortijo de Tejoneras Bajas cogiendo el tren hasta Conquista, para rematar con media hora de andar o media hora de mula. En aquel tren de vía estrecha viajaban campesinas con su cesta de mimbre llena de huevos, porqueros con zahones, comerciantes trajeados, el manijero con su cuadrilla de segadoras y el manojo de hoces, una abuela con su gallo bien atado de las patas.

Con dieciocho años mi novio y yo recorríamos el paseo de la estación todos los lunes a las ocho, él en dirección a Minas del Horcajo, yo en dirección a Conquista. Ser maestra en 1963 era volver a casa para descansar y ver al novio los sábados al mediodía, y al trabajo los lunes de mañanita, en aquel automotor que eliminó de un plumazo la carbonilla cambiando la máquina de carbón por la máquina diese!. Fueron dos cursos yendo y viniendo en aquel automotor, recorriendo cada vez el puente y el arroyo con patos de Conquista. Y a Conquista, pero desde la otra dirección, llegaban también las maestras de Argamasilla de Alba, primero doña Eufrasia y después su hermana doña Manoli. Y desde Puertollano llegaba también don Acisclo, pero como eran tiempos de andar separados hombres y mujeres, a aquel no lo veíamos más que el día del Maestro.

Luego vino el tiempo de los coches, y cambiamos el automotor por el coche de línea, y aparcamos definitivamente el tren para cargar con el citroen, igual que en muchas casas tiraron las vigas de encina para echar el cielo raso y vendieron los muebles de madera para comprar otros blancos, lavables, de formica.

Cuando se acabó el último tren de vía estrecha y cerraron la estación y se murieron los eucaliptos casi no nos dimos cuenta, atareados como estábamos en la modernización de la gasolina. Hasta que de pronto, en medio del sueño y en mitad de la vida, el AVE estalló muy cerca de Villanueva. Pero antes hubo que arrancar encinas, partir fincas, rellenar lagunas, armar viaductos, explosionar canteras. Pero antes pasaron apisonadoras, emigraron pájaros, las vacas se quedaron sin pozo, las tórtolas sin aguadero, los cochinos sin zahúrda, y pedruscos y traviesas ardientes ocuparon la sombra de las gramas en flor de las encinas. ¿Cuántas encinas y cuánta pólvora y cuánto cemento y cuántas hectáreas y cuánto cable en Los Pedroches? Los viajeros atraviesan la dehesa como un rayo, y antes de leer el periódico ya han llegado a Madrid o Sevilla.

No saben de esta comarca, ni de las jambas y los dinteles de granito, ni del aceite cosechado entre cerros, ni de los dulces jamones, ni de las bellotas avellanadas. No

conocen el palpito de una tierra virgen, centenaria, que no se merece el abandono. Una comarca del norte de la provincia de Córdoba que está lejos, cuyos hijos andan desparramados por toda la geografía española a la busca de un futuro que nunca les llegó, que nunca llega. No saben que una antigua maestra, con sesenta y dos años, se quema los ojos escudriñando en la velocidad aquel cortijo de Conquista y la estación vacía de Villanueva.

No saben que Daría, una mujer de ahora, pero con dos tacones igual que mi tía Conce, se ha puesto de pie en medio de la dehesa, entre Madrid y Villanueva, para que Los Pedroches tengan aquello que no le dan y que nunca le dieron. Un nombre, una realidad, un símbolo, una entidad en el cableado. Dos minutos para una estación callada entre la prisa. Un óbolo.

¿Y todavía se atreverán a decir que la estación de Los Pedroches no es rentable?